



Y tú, ¿quién eres?

Cuando ese mismo ciudadano, encarnado en jugador de fútbol bajo sospecha, se defiende y saca las garras, resulta que le toca una andanada de críticas de una prensa devenida en juez implacable de todas las cosas. No es justo, creo. Debemos, nosotros los periodistas, mirarnos también en el espejo

Nery Castillo, más allá de protagonizar un bochornoso numerito, puso sobre la mesa algunos temas muy interesantes sobre los procedimientos de la prensa: el futbolista de la selección nacional, azuzado por los reporteros en una comparecencia de medios, perdió la cabeza y arremetió contra sus entrevistadores. Tras escuchar alguna pregunta incómoda que de seguro se le atravesó en el cogote, nos ofreció un deslumbrante ejercicio de incorrección política: preguntó al interrogador de turno si había acaso jugado al fútbol y, luego de que éste concediera que no había pateado el balón en equipos profesionales, tuvo a bien informar, a todos los presentes, que en Brasil y Argentina, países con "selecciones grandes", los periodistas deportivos son casi todos jugadores de la talla de un Careca o un Romario. Sólo faltó Maradona, metido a competidor de Jorge Valdano o de Juan Villoro en el terreno de las letras.

El momento estelar, sin embargo, fue cuando, de plano, le restregó en la cara a un reportero que él, Nery, estaba "en Europa" y el otro "en México" donde, encima, se iba "a quedar" para siempre. Dicho en otras palabras, de un lado tenemos a un futbolista exitoso que se ha labrado un destino en el Viejo Continente y, del otro, a un incompetente gacetillero cuyos tamaños

apenas la bastan para medrar en el Tercer Mundo. Estar —y vivir y trabajar— en México es, por lo visto, una irremediable condena de medianía. No importa que Ucrania —donde juega Nery— esté, en lo que toca a los índices de desarrollo, por debajo de México.

El asunto es que, en los últimos tiempos, señoras y señores, nadie se ha expresado con parecida contundencia. Tenemos, por fin, a un individuo que no agacha la cabeza, que no tiene miedo de romper las formas y que, en un arranque de furia provocada, planta cara al acoso de los aviesos periodistas. El tipo, si me lo permiten, es un precursor. No importa su rústica zafiedad ni su deficiente manejo de las emociones. Nery ha hablado.

La primera gran pregunta, en lo que toca al fútbol, es la siguiente: ¿un sujeto que no sabe lo que es estar en una cancha, puede pontificar sobre lo que otros —los jugadores de tiempo completo— hacen en el terreno de juego? Esta interrogante se extendería, en el terreno de la política, a todos aquellos informadores que, sin haber jamás pisado una oficina gubernamental o ejercido función alguna, critican sin misericordia el desempeño de los hombres públicos. ¿Hace falta haber sido presidente de la República para evaluar el trabajo de Calderón? Ahí queda la pregunta.

La segunda cuestión, sin haber

sido formulada directamente por Nery Castillo, se refiere al implacable acoso de una prensa que, invocando la libertad de expresión, se arroga todos los derechos pero, al mismo tiempo, se otorga la facultad de desplegar la imbecilidad, la ignorancia y la mala fe como elementos consustanciales a su ejercicio. El chico Castillo, por ejemplo, debió volar de Ucrania a México para presentarse en la convocatoria del entrenador Eriksson. No es un itinerario sencillo —muchas horas, muchas conexiones en diferentes capitales— de tal manera que el jugador no apareció cuando los periodistas lo esperaban para acometerlo en el aeropuerto de Ciudad de México. Lo curioso es que no supusieran que había perdido un vuelo por el incontrolable retraso de otro sino que, para consumo de los lectores, lanzaran la especie de que, por ejemplo, podría haberse emborrachado en el avión y escabullido por otra puerta de salida para que no lo sorprendieran en "estado inconveniente". No hay manera, para ningún ciudadano de a pie, de rebatir esta abusiva insinuación. Pero, al mismo tiempo, cuando ese mismo ciudadano, encarnado en jugador de fútbol bajo sospecha, se defiende y saca las garras, resulta que le toca una andanada de críticas de una prensa devenida en juez implacable de todas las cosas. No es justo, creo. Debemos, nosotros los periodistas, mirarnos también en el espejo. ■■



La segunda cuestión se refiere al implacable acoso de una prensa que, invocando la libertad de expresión, se arroga todos los derechos pero, al mismo tiempo, se otorga la facultad de desplegar la imbecilidad, la ignorancia y la mala fe



revueltas@me.com